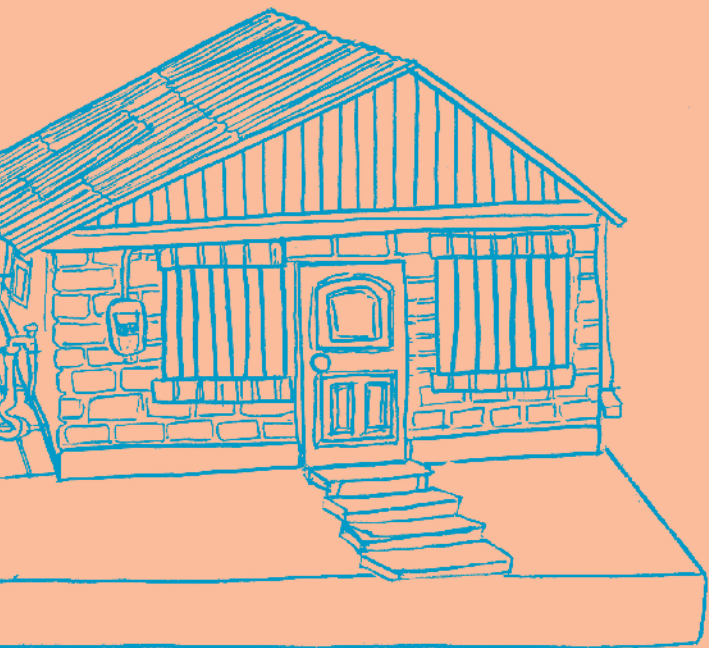


VIDA DE Naomi Orellana HOGAR

Ilustraciones de Constanza Figueroa



Yasna & Trío / editores

Ejemplar digital
de regalo para
todas las madres
y dueñas de casa
en su día.

¡ Es trabajo!

10 mayo 2020
Noemi O.

 **VIDA DE HOGAR** / Naomi Orellana

Ilustraciones: Constanza Figueroa

Diseño gráfico y maquetación: Felipe Román Osorio

Corrección de estilo: Rocío Consales

Edición: Joan Ferrarons i Llagostera

ISBN: 978-956-362-700-8



Editado por Yasna editoras & Trío editorial

2.ª ed. [2020]. 40 p. Revisada y digitalizada.

Obra protegida con una licencia libre Creative Commons.

Este libro puede ser descargado y su contenido difundido libremente reconociendo la autoría en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial de ello, ni realizar obras derivadas sin autorización de la autora.

YASNA


trío
editorial

VIDA DE Naomi Orellana HOGAR

Ilustraciones
Constanza Figueroa



Yasna & Trío / editores

“Pero el destino de las mujeres
es remover una pena de amor en una casa ordenada,
ante una tapicería inconclusa.”

María Luisa Bombal

ÍNDICE

13	Santiago de Chile, 2 de septiembre del 2012, 2:06 p.m.
15	La familia (des)unida
16	Domingo
19	Alimentador de Eduardo Castillo Velasco
23	Sábados de furia
28	Serie de televisión de no ficción
30	Entre paréntesis
32	Vecina
34	Paseo familiar
38	No se extrañen

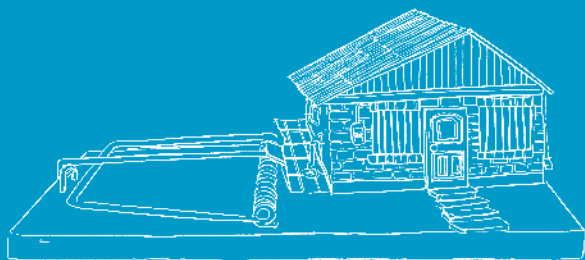
Presentación: el verano

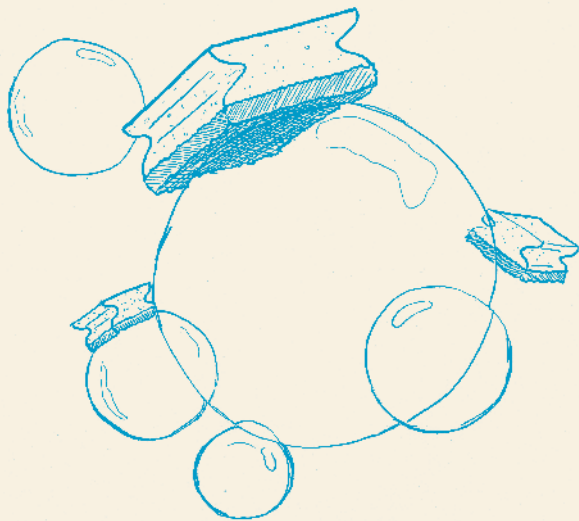
Esta pequeña obra la concluí el verano pasado. Ese tiempo que algunas asalariadas tenemos para habitar sin presiones al fin nuestra apretujada vida. Ese verano lo concluí, pero lo escribí hace tiempo, unos dos, tres años, cuando creí que tener una casa, un marido y una hija era algo que yo podía hacer.

Es un libro breve, no sé si es un libro, no sé si es un fanzine, es simplemente una escritura extraída de los momentos más punzantes de la vida familiar, momentos en que era mejor escribir que hacer, porque hacer hubiese significado desatar una tragedia mayor.

Su extensión también es reflejo del tiempo que la vida familiar otorga para el desarrollo de obras personales, es decir, inexistente. Estos pequeños tiempos, estos pequeños escritos fueron una rajadura en lo que se supone que debía ser mi vida o mi deber en ese entonces.

Este librito lo concluí en mi primer verano de soltería. No existiría si estuviese aún dándome porrazos en esa vida. Es el testimonio de una dueña de casa joven, precariamente ilustrada. De esa madre de familia sufrida que alguna vez fui y que son muchas, y que no están solo en los libros de grandes novelistas retratadas desde afuera, ni son un personaje de ficción venezolana, o una señora ya mayor que se casó de dieciséis y tuvo cinco hijos con un marido que devino borracho.





Santiago de Chile,

2 de septiembre del 2012, 2:06 p.m.

Hay días en que despierto inspirada, pero hay que lavar la loza. Hay días en que mi inspiración es lavar la loza.

Oler el orden, la pureza de la tina desinfectada, el lustre y el paño sucio removiendo marcas de vasos. Blusas que flotan gracias al planchado minucioso.

La limpieza, el orden, la comida. Tres fuerzas que mueven mi energía cotidiana a cambio de placeres fugaces, logros que se diluyen al segundo siguiente. Cuando ya está todo comido, sucio y desordenado, hay que volver a empezar.

Ciclos y microciclos integrados y jerarquizados. Usos del tiempo.

La paciencia, la voluntad, el sacrificio, la rabia. La pasión de una labor que constituyó nuestra esclavitud.

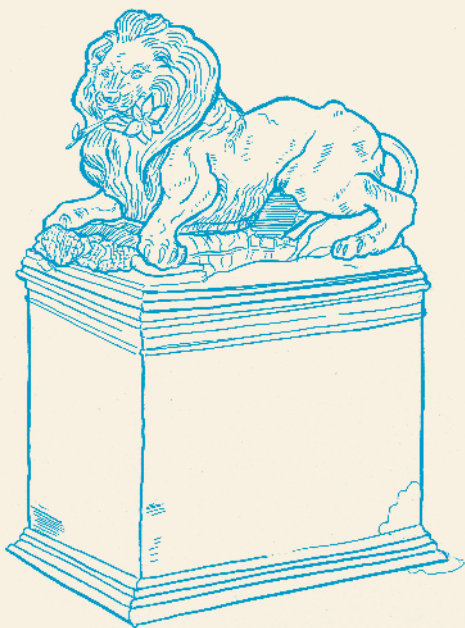


La familia (des)unida

No había entendido hasta ahora el sentido de tener a toda la familia reunida en el mismo espacio. Es agobiante responder a las necesidades de tantas personas, cada una en su mundo privado; consolar acá, llevar comida allá, escuchar aquí, lavar allá.

Una no elige ser “la madre”, es algo que te ocurre, un poco inconsciente, un poco convencida que es un destino noble, un poco bastante saturada de información sobre lo bello/mágico/heroico que es el rol de la madre. Ya no solo como un ser que engendra, sino como la adulta que se sacrifica por los otros, por todos los otros: marido, hijos, hermanos y hasta la propia madre. Porque ahora que es madre puede entender ese mismo sacrificio que alguna vez hizo su madre y se siente responsable de recompensarla, regalándole una lavadora, veinticuatro cuotas, precio infinito.

Domingo



Hace mucho que no salía un domingo por la tarde. No hay para qué contarlo todo. Es como si fuera la primera vez.

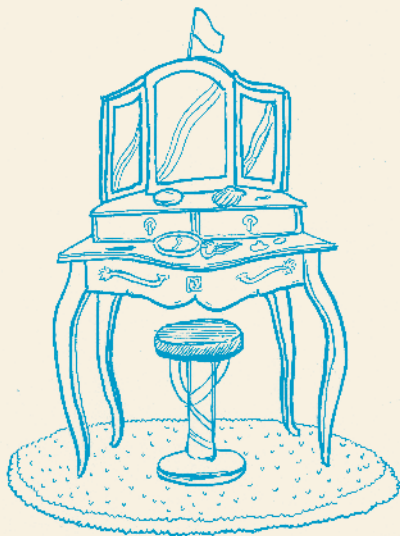
Es todo distinto. La fuerza de un punto, aunque sea suspensivo.

El peligro no siempre es como te lo pintan: oscuro y evidente. A veces es claro, como un día domingo en la tarde paseando en vísperas de primavera.

Magnolios floridos en la micro que se va por
Los Leones camino al nuevo *mall*.

Ahora vivo en un barrio bonito. No tengo que esforzarme para ver belleza. No extraño el persa. No extraño vivir en un lugar lleno de flaites, con las calles con mojonos y olor a pichí en las esquinas. No extraño la pobreza. La verdad es que no la extraño.

La ansiedad de distracción de la posruptura conlleva mucha frustración. Mucho riesgo y una constante exigencia de pasarlo bien a pesar de. Y despertar con una resaca terrible y tu problema sigue estando ahí.



Digo muchas cosas que sé que no haré. Las digo incluso sabiendo, antes de decirlas, que no pienso hacerlas.

Habitar la fantasía.

Mentir.

Alimentador de Eduardo Castillo Velasco

Recuerdo las micros vacías y perfumadas. El olor de las mujeres arregladas para ir a hacer trámites o a visitar a un pariente. Recuerdo esos paseos de niña, cuando me llevaban a ver a una tía o a comprar algo que no vendían en los almacenes del barrio. El olor a colonia en esos cuerpos maternos. La feminidad a pesar de todo.

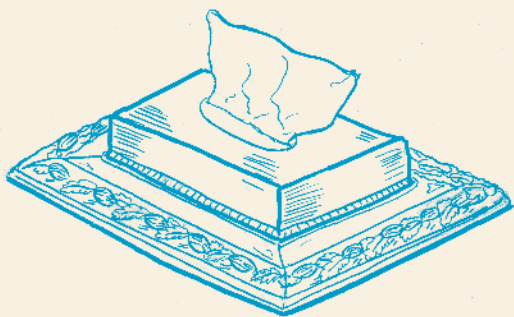
El rímel pamela grant, la coral musk, el pelo corto, la crema lechuga. La ropa de segunda mano bien planchada y combinada con gracia modesta.





Me vine como la Cenicienta a mitad del baile. Ni siquiera a media noche. Eran las once.

He aprendido a desprenderme sin dolor. Me duele, pero al comienzo. Sufro antes y me preparo. Me hago la idea y asumo que mi vida simplemente es distinta.



Sábados de furia

“Ella descuidaba su historia, a la cual debía su devoción, para atender algún agravio personal. Ella recordaba que había sido privada de su propia porción de experiencia —la que había dejado estancada zurciendo calcetas cuando ella necesitaba estar libre para errar por el mundo—. Su imaginación se torcía de rabia, y nosotros sentimos cuando se tuerce.”

Virginia Woolf, *Un cuarto propio*

Era un sábado como todos. Había empezado como la mayoría: tranquilo, levemente desmoralizante.

—Deberías pagar una nana los sábados —dijo ella.

El día primaveral, las ganas de salir a pasear y lidiar con ordenar la casa y llevar a los hijos donde quiera que fuese la angustió un poco. Siempre la angustia pero lo supera.

—Si me lo hubieras pedido de otra forma, si me hubieras dicho que no tenías plata, quizás. Pero tú cada vez me exiges y me exiges, como si te debiera algo. ¿Dime? ¿Qué te debo? ¿Cuánto te debo? ¿Alguna vez te dejaré de pagar?! —dijo él.

Ella no supo qué responder. Por primera vez, él la contraargumentaba con sinceridad. No con soberbia. No con egoísmo. Él es... como dice Astrud:

“Sabiendo como sabes lo que siempre le hago a la gente
¿cómo pensabas que contigo iba a ser diferente?
Es normal que pienses que soy un monstruo
porque no he llorado y estoy tan entero,
y me dio más pena el último episodio
de *Friends* que lo nuestro, más pena que lo nuestro.
Créeme si te digo que no es culpa mía,
que más bien se trata de una minusvalía.”

La pregunta la impactó tanto que no tuvo tiempo de pensar. Luego, vinieron varios minutos de discusión errática, de palabras que pasan a gritos, pero sobre todo a garabatos. Esos momentos en que se pierde la razón y la educación. A ella le gusta perder la educación:

—¿O sea que si te hubiera chupado el pico y te hubiera pedido plata pa una nana, me habríai dicho que sí? —le gritó.

—No se trata de eso —dijo él, avergonzado.

Era una rabia, ella sabía, histórica. Con los ojos hinchados, le dijo:

—Es cierto que yo también salgo, a veces. Es cierto que veo mucho a mis amigos, porque los necesito. Es cierto que salí ayer y antes de ayer. Pero cuando lo hago siempre es una situación incómoda, una excepción. Para ti no. No es tu deber ir a buscar a los niños. Si yo salgo, asumo que se van a alimentar de pizza y no puedo contar con que se acuesten temprano. Si yo salgo, significa que dejé de cuidarlos. Si tú sales, significa que sales. No necesitas avisar o dar explicaciones. No me gusta la policía. Tu libertad es una institución, es intocable, la mía, por todos lados —le dijo— se puede violar.

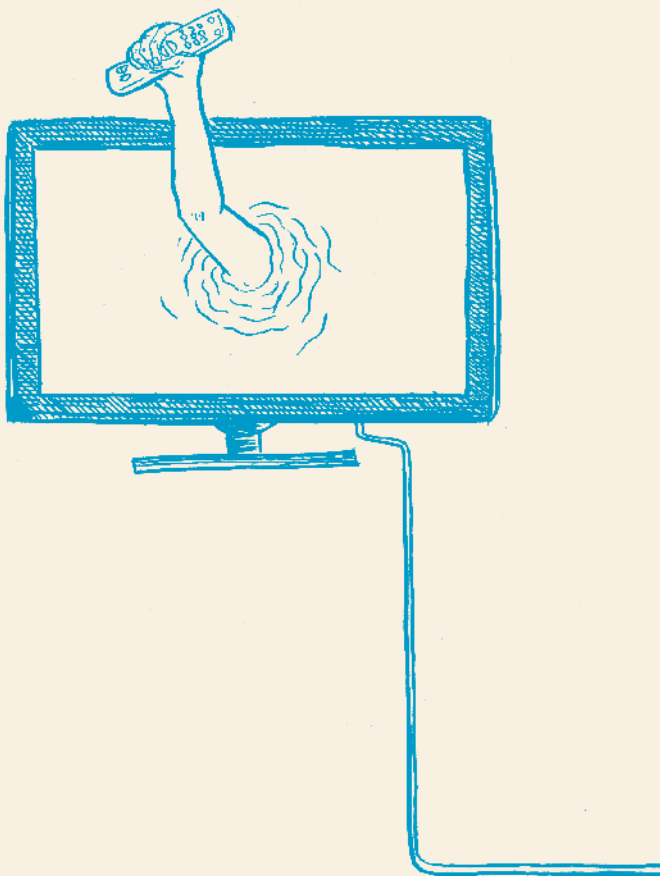
Él enmudeció y se fue al baño. Ella se quedó en su cama, exhausta, con los ojos horribles y con la sensación de

haber dicho algo.

Intuye que ser esa mujer que se hace cargo sola de todo es una trampa.

Él volvió del baño y le dijo:

—Te voy a dar plata para que venga una nana los sábados.



Serie de televisión de no ficción

Era mi noche y aquí estoy, intoxicándome con gas y *Sex and the city*. Conmovidada con mujeres que, a pesar de sus zapatos caros sufren por hombres.



Entre paréntesis

Cuando hablo de “hombre” y “mujer” me refiero a las categorías culturalmente impuestas y usadas para denominar ya no solo el sexo o el género de una persona, sino más bien para determinar el rol que cumple cada sujeto, según su entropierna, en una pareja, por cierto, heterosexual. Estos roles, pese a entrar en crisis constantemente y haber mutado en los últimos cincuenta años, no han sucumbido en sus pilares fundamentales. Al menos así es en mi caso y a mi alrededor. No es en el voto, no es en el acceso al trabajo. La libertad está en juego en la casa.

Votamos, vamos a la universidad, trabajamos, no nos llenamos de hijos. En eso se podrían resumir los avances del feminismo que llegó al sur.

Vamos a la universidad, varias logran carreras exitosas, con y sin comillas, y tomamos anticonceptivos. Pero todavía debemos (y queremos) “formar familia”, y es en ese lugar donde emerge, por oposición y de la manera más brutal, la inequidad de ambos sexos.

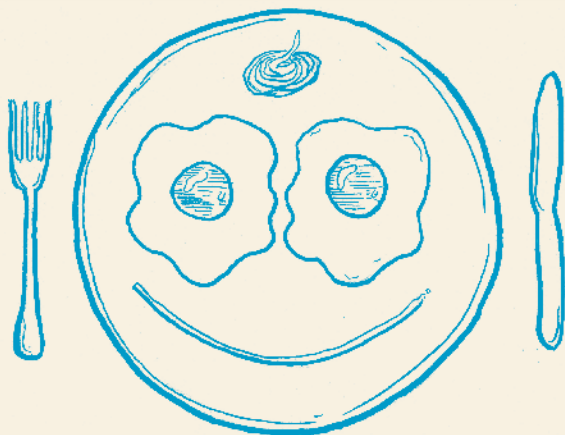


Vecina

Le escribo esta carta para empezar a escribir. Tengo muchas cosas que contarle. Primero, que ansío que visitemos ese lugar del paseo Bulnes. Me lo imagino como un lugar con pobres, como nos gusta a nosotras.

Es extraño recordarte.

¿Sabes cómo te recuerdo? Sonriendo, con delantal de cocina, en tu pieza, saturación de objetos de fondo, tú en primer plano.



Paseo familiar

La familia va en el auto familiar a visitar a la familia de él. Ayer, él le dijo que no era necesario que viniera, que podía venir solo con los niños. Ella visualizó un domingo de paz que sabía que no iba a ocurrir.

En la mañana, él insinuó:

—¿Y nos vas a dejar ir solos?

Los chicos lo habían entendido perfectamente.

—Son su familia y la del papá, no la mía —les dijo ella.

Les hizo sentido.

A él no.

Se levantó rauda asumiendo el panorama: bañar a los chicos, hacer las camas, limpiar la cocina y a sí misma. Para ella, llegar y que esté la casa ordenada, es el equivalente a la felicidad. Para él, dejar de hacer lo que está haciendo por deberes familiares es una ofensa.

Hacer el trabajo y soportar la tensión de una salida familiar exige de ella toda su inteligencia. No siempre lo logra.

Él hace un comentario cruel antes de subir al auto. Se suben en silencio. El auto avanza. Ella decide no ignorar lo que acaba de decir. En silencio se oye a sí misma: “No des razones. Las razones solo hacen más profundas las diferencias.”

—¡Me da más rabia que la chucha que me digas que ni siquiera quedó tan ordenada la hueá, porque tú soi un flojo culiao! —le gritó.

Él se enchucha, la echa del auto. Ella no se baja. Dijo lo que quería decir, sin argumentos, ni una hueá. Se sintió aliviada. Él siguió provocándola. Sabe que hay un lugar en que ella pierde el control y sabe cómo llevarla hasta ahí.

Siguió:

—No entiendo por qué yo tengo que pagar todo y tu nada —y bla, bla, bla, bla.

—No te voy a contestar, porque tú sabes dónde nos lleva esto —le contestó calmada—. Estoy evitando que llegemos a ese punto. Es el momento de evitarlo y tú no lo estás haciendo.

—No me importa —sentenció él, con cara de chesumadre.

Ella lo mira y le dice:

—No te voy a responder, porque en ese lugar la que pierde soy yo.

Fin de la conversación.

Dos cuadras más allá, él se desquita pegándole combos a la bocina del auto, que por suerte estaba mala.



No se extrañen

“Te pido que te quedes en donde puedas alcanzar
lo que quieras conseguir
y en cambio tú me pides que me quede donde puedas
vigilarme.”

El Guincho, “Bombay”

Me da gusto su libertad. Me da risa verlo dormir a pata suelta después de una noche de diversión. No me interesan los detalles, me basta con que haya vuelto y que al otro día podamos hablar de qué ingredientes le echamos a la pizza o cuánta parafina queda en la estufa.

Sin embargo, y como suele ser en la escritura, este mensaje es motivado por la incomodidad. Pues siento que no soy recompensada con la misma moneda.

No hablo de igualdad.

Solo quiero dejar registro de esta sensación.

Y no se extrañen, si un día de estos, me alejo, montada en un caballo, con un grupo de transformistas.



Fin

Naomi Orellana
(Santiago de Chile, 1982)

Escritora y periodista de la Universidad de Chile. Comunicadora e investigadora de la imagen. Autora de los libros “Vida de hogar” (Trio editorial, 2016) y “Los cardos” (Trio editorial, 2018), a partir del cual realizó la exposición “Poesía expandida” en galería BECH (2018). Publicó los ensayos “Ignacio Agüero en la escuela” en el libro “Ignacio Agüero, dos o tres cosas que sabemos de él” (UNAM, México, 2017) y “Lo verdadero, lo falso, lo poético, lo político: Un recorrido por ocho hitos del cine radical en Chile” en el libro “Latinoamérica Radical” (Imagen Docs, Bolivia, 2019).

El 2018 crea Imagen y palabra, plataforma cultural dedicada al cine y la escritura, a través de la cual ha realizado el ciclo “Poéticas Cinematográficas Peruanas” en alianza con Corriente: Encuentro Latinoamericano de Cine de No- Ficción (2018), el seminario “Panoramas en el cine latinoamericano contemporáneo” en alianza con el Festival Internacional de Cine Transcinema (2019), MIAU: Muestra Itinerante de Audiovisual Ultrafeminista, en alianza con la colectiva mexicana Insubordinadas (2019), y el laboratorio de cine y escritura “Anfibios” en alianza con el colectivo de cine análogo CEIS 8, a partir del cual desarrolló el mazo de cartas CiNE y POESÍA (2019), que dará pie a los Encuentros de Cine y Poesía (2020-2021). Escribe periódicamente y en diferentes medios artículos que transitan entre la crítica, la entrevista, el reportaje y el ensayo.

www.imagenypalabra.cl
[@imagenypalabra.cl](https://www.instagram.com/imagenypalabra.cl)
[@damiganao](https://www.instagram.com/damiganao)

“Como dijo una vez el poeta Jean Paul,
los libros son voluminosas cartas
para los amigos”

Peter Sloterdijk, *Normas para el parque humano.*

